

Una aproximación a la obra del profesor Francisco Guerra Pérez-Carral (1916-2011)

FRANCISCO HERRERA RODRÍGUEZ
Universidad de Cádiz

Al finalizar 2011 ha fallecido el eminente historiador de la medicina Francisco Guerra, cuando supe la noticia me acordé de aquello que solía decir Fernando Lázaro Carreter: «...*nos vamos muriendo con nuestros muertos*». La muerte del profesor Guerra obliga a reflexionar, aunque sea modestamente, sobre su vida y obra; vida larga y aprovechada la de este nonagenario que no pasó por el siglo XX como una sombra sino como una personalidad vehemente que amó y padeció en su época como republicano, exiliado, científico e historiador.

En los años ochenta el profesor Antonio Orozco organizó varias jornadas de historia de la medicina hispanoamericana, materia en la que como es sabido destacaba el profesor Guerra muy por encima de la media, y por este motivo era habitual que frecuentara el salón de grados de la Facultad de Medicina de Cádiz con conferencias iluminadoras y magistrales, a algunas de las cuales haremos referencia en este escrito. De aquellas fechas recuerdo la presencia cercana de don Francisco Guerra con los más jóvenes que acudíamos y participábamos en aquellos eventos, personalmente recibí consejos docentes de su persona sobre la disciplina que impartía y que imparto, la *Historia de la Enfermería*; pero también recuerdo en ese mismo contexto un viaje en autobús de Cádiz a San Fernando para visitar el Observatorio de Marina: don Francisco se vino hacia la parte de atrás del vehículo donde estaba la tropa joven de congresistas, tesinandos y doctorandos, y a cada uno les iba preguntando por sus temas de investigación y para todos tuvo sabias palabras llenas de erudición pero también plenas de sencillez y de naturalidad; de esos días recuerdo que para nada el profesor Guerra cuando hablaba con nosotros lo hacía desde un pedestal. Esta actitud se mantuvo en posteriores encuentros y en algunas cartas, y apartó de mí la idea que había escuchado de que era un hombre difícil, entre otras cosas porque la mayor parte de los hombres y mujeres que conozco son difíciles, y de este juicio no me excluyó a mí mismo. ¿El profesor Guerra era un hombre de difícil trato? Pienso que no, más bien era un hombre exigente que había vivido mucho y que había padecido las heridas de España en su cuerpo y en su alma, y probablemente su nivel de exigencia personal y científico no toleraba ciertos melindres académicos de nuestro país y quizás por eso en algunos momentos podía decir cosas que no eran políticamente correctas. Mi recuerdo personal está lleno de simpatía hacia su persona, la última vez que conversé con él hace ya algunos años fue en unas jornadas hispanoamericanas

organizadas en Valladolid por el profesor Riera Palmero, y estaba lleno de entusiasmo y de proyectos, de hecho creo que al día siguiente se marchaba a América en avión para dar algunas conferencias.

Uno ha tenido la suerte de tener maestros muy cercanos, el primero de todos y más importante el profesor Orozco Acuaviva, pero en esta categoría incluyo a dos personas que han sido determinantes en mi vida: el profesor Mariano Hormigón Blánquez y el profesor Juan Riera Palmero; pero también tengo el agradecimiento para esos maestros en la distancia a los que he visto alguna vez o he conversado con ellos, o he escuchado sus conferencias o he leído sus libros. En esta línea he de con- fesar dos debilidades personales: el profesor Luis Sánchez Granjel y el profesor Francisco Guerra.

Creo que no procede que haga aquí un inventario de los numerosos libros y de los centenares de artículos que escribió don Francisco a lo largo de su vida, pero sí debo apuntar algunos trabajos suyos que me han marcado y que sigo utilizando con mucha frecuencia, sobre todo por el contenido denso e intelectual de sus aportaciones, pero también porque cualquier obra del profesor Guerra suele finalizar con una apabullante bibliografía que es preciso revisar casi como un entomólogo si se quiere profundizar en el tema que te puede interesar en cada momento. La sensación que siempre he tenido al leer sus libros es de encontrarme ante un erudito muy exigente y riguroso que trata de comprobar hasta el último detalle de lo que publica. Veamos.

Como docentes tenemos que estar muy pendientes de los manuales clásicos de *Historia de la Medicina* (Diepgen, Guthrie, Castiglioni, etc.) y también de los textos que sobre este particular se han ido publicando en las últimas décadas en nuestro país (Laín Entralgo, Luis Sánchez Granjel, López Piñero, Riera Palmero, Sánchez González, Buzzi, etc.). Cada una de estas obras, y otras que por brevedad no cito, tienen sus peculiaridades pedagógicas e historiográficas y enriquecen con sus diferentes puntos de vista nuestra materia. El profesor Francisco Guerra también hizo una contribución muy notable en esta línea con su célebre «*Historia de la Medicina*», publicada primero en tres volúmenes (1982, 1985 y 1989) y luego en un único libro en el 2007. Cuando se revisan estos textos observamos el rigor en el esfuerzo intelectual, en la estructuración y en la recopilación realizados durante muchos años, y todo eso se nota en la precisión, pero sobre todo en dos aspectos concretos: primero, el profesor Guerra no se queda sólo en el dato (autor, obra, fecha) sino que además imprime un dinamismo a la narración tratando de explicar el por qué de esa aportación y su significado en el contexto de su época y en relación con las precedentes; y en segundo lugar, desde mi modesto punto de vista creo que a la «*Historia de la Medicina*» del profesor Guerra no se le puede acusar de *etnocentrismo occidental*, todo lo contrario ya que realiza un enorme esfuerzo dedicando capítulos a la medicina precolombina, a la medicina china, japonesa e indochina, y son verdaderamente espectaculares e innovadores los capítulos que dedica a la medicina en África, Asia, Australasia y Oceanía. Estos enfoques no son muy comunes en este tipo de obras y no

sólo en el contexto de la historiografía médica española sino también en la mundial. No cabe duda de que con tan solo estos libros nuestro autor se habría justificado porque constituyen un enorme legado al conocimiento de la historia de la medicina universal; pero todos sabemos que abordó otros temas; por ejemplo, tengo un especial aprecio a dos libros que son conocidos pero quizás menos citados: «*Las medicinas marginales*» (1976), obra publicada muy poco después de la muerte de Franco, y «*Las heridas de guerra*» (1981). El primero de estos libros tiene un subtítulo esclarecedor: «*Los sistemas de curar prohibidos a los médicos*». Hace más de treinta y cinco años el profesor Guerra escribía en esta obra:

«*Lo que con frecuencia olvida el médico es que la importancia de las medicinas marginales es considerable: Se estima que de los 200 millones de habitantes de Hispano América, muchos de los cuales se han llegado a beneficiar de los sistemas de la Seguridad Social que ofrecen asistencia médica científica y gratuita, probablemente más de la mitad prefieren en el tratamiento de las enfermedades métodos curativos tradicionales de uso ancestral. Informaciones oficiales bien comprobadas indican que los 800 millones de habitantes en China pueden elegir entre la medicina tradicional y la científica, y de ellos más de la mitad se inclinan por los métodos tradicionales basados en las hierbas medicinas del Pen-ts'ao, la acupuntura y las moxas. Otro tanto sucede con cerca de 300 millones de hindúes que utilizan en la India los métodos tradicionales de la medicina ayurvédica...».*

No hace falta alargar la cita para comprender el carácter pionero del historiador cántabro en este terreno porque hoy día es rara la Facultad de Medicina o de Enfermería o de Fisioterapia en que no se estudie en mayor o menor medida la fitoterapia, la homeopatía, la acupuntura, la osteopatía, etc. Si anteriormente decíamos que Francisco Guerra tuvo la sensibilidad en su «*Historia de la Medicina*» de ampliar el campo de mira a otras civilizaciones diferentes de la occidental, en este caso concreto encontramos que también supo adelantarse a su tiempo al interesarse por el estudio de *las otras medicinas*. No sé por qué pero presiento que el profesor Guerra siguió con mucho interés en 1972 el encuentro entre el presidente Richard Nixon y el líder chino Mao Tse-tung; un encuentro que propició entre otras cosas un renovado interés de Occidente por la medicina tradicional china; por ejemplo, la acupuntura.

Pero como he apuntado hay otro libro que desde mi punto de vista no se cita en la bibliografía con la frecuencia que se merece: «*Las heridas de guerra. Contribución de los cirujanos españoles en la evolución de su tratamiento*». Lo publicó el profesor Guerra en Santander en el año 1981 y creo que el título tiene una doble intención, tan sólo hay que realizar un pequeño cambio y poner una mayúscula en una palabra para entender que don Francisco al escribir este libro tenía muy presente también sus heridas corporales y anímicas, se entiende mejor si lo escribimos así: «*Las Heridas de Guerra*». Al margen de lo dicho lo verdaderamente importante es que en esta obra el profesor Guerra vuelve a ser renovador como historiador porque a lo largo del mismo estudia las empresas militares españolas de los siglos XVI, XVII, XVIII, XIX y

XX, cotejando las ideas médicas y quirúrgicas de los cirujanos españoles y extranjeros de las referidas centurias. Creo que hay que decirlo con claridad: este libro es otra de las obras mayores del historiador de Torrelavega, tanto por abordar los problemas militares de cada época como por correlacionar lo que hacían los cirujanos más importantes a nivel internacional con lo que hacían nuestros cirujanos más avezados. Una obra imprescindible sobre la que hay que volver periódicamente para captar matices que en anteriores lecturas no habíamos percibido.

Sé que en esta breve reseña van a quedar capítulos de la obra histórico médica del profesor Guerra sin abordar, pero no me gustaría cerrar estos apuntes sin algunos comentarios sobre su interés por el continente americano, fruto con toda seguridad de su condición de español con amplitud de miras y también de su labor profesional en las Universidades de México, California, Los Ángeles y San Francisco. Fue en 1983, en las *Primeras Jornadas de Historia de la Medicina Hispanoamericana* que organizó en Cádiz el profesor Antonio Orozco, cuando tuve la ocasión de escuchar por primera vez a don Francisco Guerra en una conferencia titulada «*El intercambio epidemiológico tras el descubrimiento de América*». Durante la misma hizo gala de un profundo conocimiento historiográfico y no rehuyó a los datos estadísticos, abordando el asunto (peliagudo y complicado) de la siguiente manera:

«Con una perspectiva de cinco siglos, aun asombra el desastre sanitario resultante del Descubrimiento de América. Eran tierras nuevas, con hombres nuevos y el efecto de la enfermedad fue desolador. Pero no es un caso único en la Historia, ni fueron los españoles únicos protagonistas de un contagio; mirando hacia atrás lo vemos con frecuencia, no a distancia de siglos sino en fechas más cercanas. Por ejemplo en la Viruela, cuando en 1707 la introdujeron los daneses en Islandia murieron 18.000 de los 50.000 habitantes y casi ayer, en 1951, cuando apareció en Groenlandia se contagiaron 4.221 de los 4.458 que tenía un distrito.

Y este panorama de dolor del que fuimos muy a nuestro pesar protagonistas con el Descubrimiento de América, si prueba una sola cosa, es que las Casas fue injusto con los descubridores. El indígena americano fue victimado por la enfermedad, no por el español».

Como se puede observar abordó nuestro historiador un tema tan controvertido como el apuntado, tanto que aún hoy sigue dando que hablar con perspectivas diferentes en una y en la otra orilla del Atlántico. Pero fue en el mes de mayo de 1986, en el contexto de la *II Jornadas de Historia de la Medicina Hispanoamericana*, cuando don Francisco Guerra me impresionó particularmente con dos conferencias: una dedicada a los libros de medicina colonial en Hispanoamérica y Filipinas, y otra a la patobiografía de Colón. Esta última conferencia me gustó especialmente porque en ella asumió muchos riesgos tratando de documentar las enfermedades del Almirante, demostrando que se puede hacer historia de la medicina de otra manera, quizás como también trató de hacerlo desde otras perspectivas Karl Jaspers con Van Gogh o Strindberg. No voy a desvelar aquí los análisis de nuestro historiador sobre los anteceden-

tes familiares de Colón, su constitución corporal o sobre el reumatismo, el tifus exantemático, la conjuntivitis, la fiebre, etc.; pero quizás sí sea oportuno para los que no conozcan este trabajo que apunte en esta reseña el corolario final del mismo: «*Los síntomas recogidos por los biógrafos que le conocieron sugieren que Cristóbal Colón padeció el síndrome de Reiter y murió de complicaciones del mismo*». Se comparta o no este diagnóstico, de lo que no cabe duda es que la citada conferencia merece ser leída con mucha atención porque es un auténtico ejercicio clínico e historiográfico.

En más de una ocasión en estos apuntes ha salido a relucir el rigor y la erudición, pero creo que también hay que añadir la honestidad y la coherencia sobre todo cuando se estudian dos de sus obras mayores: «*La medicina precolombina*» (1990) y «*El hospital en Hispanoamérica y Filipinas*» (1994). En la primera aborda las culturas precolombinas tanto desde el punto de vista de la nutrición y la nosología, dedicando un amplio capítulo a las fuentes: crónicas, códices, instrumental, artes plásticas, trepanaciones, etc. Una obra de más de 300 páginas de las cuales unas 40 son de bibliografía, una muestra del afán de compilación, de documentación y de erudición del historiador cántabro. El segundo de los libros citados supera las 600 páginas y desde mi modesto entender constituye la aproximación más completa a la historia de los hospitales en Hispanoamérica y Filipinas entre los años 1492 y 1898. Esta obra tiene un capítulo en el que se aborda la historiografía hospitalaria, las fundaciones asistenciales, la economía sanitaria, los servicios hospitalarios, los nosocomios especiales, la asistencia médica, la caridad, la dieta y la terapéutica, para presentar a continuación un censo asistencial cuya ordenada descripción no cabría en esta reseña ni siquiera a modo de resumen. Otro libro, pues, que merece el calificativo de clásico sin lugar a dudas, lo cual nos da una idea de la labor realizada por Francisco Guerra durante años para escribirlo, esto se puede apreciar en el siguiente párrafo:

«El motivo primordial del presente estudio, por lo tanto, consiste en establecer de un modo definitivo las fundaciones hospitalarias que prestaron servicios asistenciales en aquellos territorios de soberanía española, desde el descubrimiento del Nuevo Mundo en 1492, hasta que los pueblos de Hispanoamérica y Filipinas obtuvieron su independencia, incorporando, además, las que por su naturaleza misionera fundaron las empresas españolas en el lejano Oriente. Se analiza al mismo tiempo, desde una perspectiva sanitaria, la utilidad de sus servicios, agrupando los hospitales dentro de las áreas geográficas de las antiguas gobernaciones, audiencias y virreynatos por orden cronológico de fundación, ofreciendo los datos documentales que establecen su existencia...».

Debo concluir este escrito, pero no puedo hacerlo sin apuntar otro capítulo de la historiografía de Francisco Guerra que vio la luz pública con una significativa dedicación: «*A las madres de España, porque sufrieron más que sus hijos*». Me refiero a un gran libro: «*La medicina en el exilio republicano*». Libro escrito desde la pasión del que vivió y padeció los hechos de la guerra civil y del exilio, pero también con el rigor y la erudición que caracteriza toda su obra. Este libro se publica cuando nues-

tro autor se encuentra en la atalaya de los 87 años de edad y se observa en sus páginas que no flaquea su pasión republicana y democrática. Leamos:

«La lucha del pueblo español en defensa de la República a lo largo de casi tres años (1936-1939) cautivó el espíritu de sus contemporáneos como ningún otro acontecimiento de su tiempo. Y tanto amaron la causa de España hombres y mujeres de otros países, que acudieron a nuestro suelo dispuestos a ofrecer sus vidas por los mismos ideales de Libertad y de Justicia. Al concluir la contienda, el mundo contempló con asombro algo que jamás se había registrado en la Historia: Más de medio millón de españoles decidieron abandonar su patria y marchar al exilio, antes que rendirse a un régimen totalitario impuesto por las armas».

Otra obra, pues, que es el fruto de décadas de trabajo; téngase esto muy presente porque como hemos dicho en los libros de mayor calado del profesor Guerra se percibe que no son proyectos de poco tiempo sino de paciente documentación durante muchos años. Este es el caso de *«La medicina en el exilio republicano»*, y en este sentido puedo dar fe de que este hombre perseguía por los registros civiles partidas de nacimiento y de defunción de las personas que estudiaba, sé bien lo que digo porque esta tarea la hizo también en el ámbito gaditano para documentar todos los detalles posibles de esos hijos de la España peregrina. Don Francisco Guerra cuando realizó este libro creo que tenía una espina clavada en su corazón, y no cabe duda de que se la sacó y que con ello contribuyó a una España más justa, más libre, más democrática y sobre todo más alejada de los fantasmas del pasado; no hay mejor manera para que los problemas no se enquisten que abordarlos con entereza, equilibrio y respeto, en vez de ocultarlos y mirar para otro lado, por eso creo que el maestro cántabro escribió lo siguiente:

«Ya es tiempo de que se conozca la verdad, la que se ha venido ocultando tras la versión oficial de los vencedores. Sólo con toda la verdad se sabrá que los republicanos españoles, sobre los que se vertieron insultos sin cuento, lucharon fieles a una bandera por unos ideales democráticos más allá de toda esperanza, y en el exilio, a pesar de su extrema penuria, lograron resurgir y contribuyeron a la prosperidad de los países de acogida con un trabajo honrado y fecundo en el que destacaron los médicos».

Seguramente los que desconozcan la obra pueden pensar que en este libro aparecen los médicos de relumbrón que tanto contribuyeron al desarrollo de la biología, de la medicina y de la ciencia en países como México, Argentina o Venezuela, por ejemplo; por supuesto que aparecen, pero también en el documentado estudio del profesor Guerra aparecen los nombres de sanitarios menos conocidos, pero que tuvieron que pasar en esos y en otros países por el mismo o por peor calvario, precisamente por no ser figuras de reconocido prestigio. Admirable el profesor Guerra porque con la misma paciencia que estudia el origen y difusión de la sífilis o a José Celestino Mutis y la quina, o a la materia médica en su conjunto, es capaz de documentar los hospitales en América y Filipinas y hacer lo propio con esa España peregrina que tanto sembró por el mundo y que él tan bien conoció. En el fondo si uste-

des lo piensan un poco este tipo de estudios o de inventarios rigurosos, sean de hospitales o de personas, tienen un cierto afán justiciero porque tratan de fijar el mundo y dar a cada uno lo que es suyo, algo así como don Quijote y todo su trájín con la Edad de Oro. Recientemente ha escrito Caballero Bonald lo que sigue: «*volver al punto de partida se parecía mucho a un ejercicio de humildad*», creo que es verdad porque como dice el bardo jerezano siempre suele quedar mucho pasado por delante.

Sé perfectamente que en estas páginas que mando a la revista *Llull* faltan libros, artículos, cargos y universidades en las que trabajó Francisco Guerra, pero también es cierto que tampoco esto es una biografía sino una muestra de respeto a un hombre de más de noventa años que murió en plena juventud. Empecé esta reseña con Lázaro Carreter y con él quiero terminar: «*Van faltando al barco muchas velas con que solía navegar*». Es cierto, de esto podemos dar fe en los últimos años los que nos dedicamos a la historia de la medicina, de la ciencia o de la enfermería, se han *marchado* de pronto casi sin previo aviso docentes e investigadores muy queridos y admirados, y también hace unos meses lo ha hecho don Francisco Guerra; pero también es verdad que mientras estemos en el *congreso de los vivos* y tengamos ilusión nos quedará su obra y la de todos los demás compañeros para que el barco siga navegando.

